

CELCIT. Dramática Latinoamericana 278

# OBITUARIO

Mascarada en dos actos

Guillermo Schmidhuber de la Mora

PERSONAJES: 3

Rudolph Gottlieb, viejo dramaturgo retirado<sup>1</sup>

Julia Serpe, 40 años, crítica

Adam Ludmann, joven actor

Lugar: Apartamento en las inmediaciones de una capital teatral

Tiempo: Hoy

## ACTO PRIMERO

Estudio de un dramaturgo viejo, en un segundo piso. Libros y papeles invaden la escena. Una mesa con un procesador de palabras y un sillón reclinable marcan el centro del vivir del creador. Algunos retratos al óleo y un centenar de viejas fotografías no logran el revivir el pasado, pero dan al espacio la apariencia de templo. Una ventana comunica hacia la calle. Varias botellas de whisky a medio llenar y vasos usados están desperdigados. Un teléfono.

Rudolph Gottlieb es un dramaturgo que pertenece a una generación anterior a la actual. Está parcialmente paralizado de una pierna y sus ojos son débiles a pesar de los gruesos lentes. Vive solitario dedicado a sus labores de creación. Al abrir la obra, el DRAMATURGO está intentando infructuosamente terminar de escribir la última de sus piezas de teatro, de la que lee algunos parlamentos en voz alta.

RUDOLPH GOTTLIEB.— «Me siento cansado, ya poco me queda de vida. Para qué

sobrevivir sin vivencias, prefiero la muerte...» [Luego lee la acotación correspondiente.] «Toma la pistola y con calma la coloca en su boca abierta, respira un último hálito de vida y dispara. Oscuro total y Telón. Final del Segundo Acto»... ¡Pésimo! Nadie va creer este suicidio... Chejov lo hizo mejor, ¿dónde estará ese libro? [El DRAMATURGO busca con fastidio un libro entre sus papeles, mientras habla para sí como lo hacen los viejos, entre dientes y a media voz.] Algún día lo tuve, lo sé perfectamente. Lo he leído más de cuarenta veces... ¡Ah, por fin, La gaviota del inimitable Chejov! El protagonista se suicida al final. Vamos a ver... [Hojea con interés.] Aquí está. [Lee.] «Por el lado de la derecha y fuera de la escena suena un disparo. Todos se estremecen». ¡Claro! El suicidio no puede pasar en escena... por higiene dramática [Ríe sardónico, va al procesador de palabras, retira la hoja recientemente impresa y la rompe con otras más.] Tiempo perdido. Intenta ponerse a escribir cuando se comienza a oír fuera de escena el ruido de una bocina automovilística; es ensordecedor. ¡Y ahora esto! [Se escucha el estruendo de un choque ligero. Se incorpora y va hacia la ventana para ver el incidente callejero.] ¡Silencio, así no podré escribir! [Se pone sus anteojos con curiosidad.] ¿Quién es esa estúpida?

Con sorpresa ve que la persona del incidente le saluda desde la calle. Contesta el saludo con timidez, y con un gesto inocente pregunta desde la distancia si es a él al que se dirige.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Yo?... ¡La crítica, la había olvidado! [Abre la ventana y grita al supuesto personaje de la calle.] ¡No puedo bajar, suba usted! Le voy a aventar la llave de la puerta. [Para sí, mientras busca desesperadamente la llave.] ¡Maldita bruja, dejaras de ser crítica! [Por fin encuentra la llave. Continúa hipócritamente amable, a pesar del volumen alto de la voz.] Esta es la llave. Suba, arriba la espero. ¡Bienvenida! [Cierra la ventana con rabia.] No sé para qué acepté esta entrevista.

Al notar por primera vez el desorden, intenta repentinamente arreglarlo; esconde botellas y vasos, tira papeles, algunas cosas se le caen de las manos. Sus

movimientos son torpes, especialmente cuando camina. Se escucha la puerta de la entrada que se abre y los pasos que suben la escalera. Aparece Julia Serpe. Es una bella mujer de mediana edad, su expresión adusta y viste con toda la elegancia que una feminista puede lograr.

JULIA SERPE.— Soy Julia Serpe, crítica de teatro del New York Times [O de cualquier otro.]... Nunca terminaré de pedirle perdón. Sé que llego media hora antes de nuestra cita, pero tuve temor de llegar tarde y decidí acercarme antes. Por leer los números de las casas, no vi que venía un auto y perdí el control. Si su árbol se ha dañado, mi periódico le pagará lo correspondiente.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Pase usted, señorita Serpe.

JULIA SERPE.— Prefiero que me llame Julia.

RUDOLPH GOTTLIEB.— No sé por qué, pero me gusta llamarla señorita Serpe. No se preocupe porque llega antes. Cuando uno es viejo y vive solo, dejan de contar las horas. Le confieso que había olvidado que vendría...

JULIA SERPE.— [Interrumpiendo.] Pero yo le llamé oportunamente...

RUDOLPH GOTTLIEB.— Déjeme terminar. Decía que había olvidado su cita, así es que de todas maneras es una cita inesperada. Siéntese donde pueda... ¡No, ahí no, ese es mi sillón! Tome mi silla de trabajo, ¡esa! [Le señala la silla cercana al procesador de palabras. Se sientan.] Perdone que no le pueda ofrecer ni una taza de café, desde que murió mi esposa, decidí vivir solo, por lo que no gozo de los placeres de un hogar, o al menos de un hogar con dedos femeninos. [La mira con galanura.]

JULIA SERPE.— No se preocupe. Seré breve. Mi periódico me ha pedido que le haga una entrevista. La última.

RUDOLPH GOTTLIEB.— He visto morir a tantos de mis contemporáneos, que su comentario no me asusta. Acaso sea usted la que muera antes, ya ve, acaba de tener un accidente.

JULIA SERPE.— Perdón, no me refería a eso... Sabemos que el tema de la muerte está presente en toda su obra. Hasta sus primeras piezas parecen obsesionadas con el final de todos los humanos.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Es cierto, en mi juventud viví obsesionado con la muerte.

JULIA SERPE.— Sin embargo, ha sabido sobrevivir.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Lo que usted llama sobrevivencia, ha sido para mí subvivir. A veces he soñado con estar muerto... Vamos a cambiar de tema, si no le molesta. Hablemos de la vida. Es lo que me inspira una mujer tan guapa.

JULIA SERPE.— Su comentario me hace pensar que los muertos también sueñan con estar vivos... Mi periódico ha decidido darle una oportunidad que a ningún escritor le ha otorgado antes: Escribir su propio Obituario... [El DRAMATURGO no reacciona.]. Su propia nota necrológica.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Sé lo que es un Obituario... Su periódico es muy generoso, pero prefiero que usted u otro cronista a sueldo, lo redacte. Para eso les pagan, no para crear sino para destruir. La entrevista ha terminado.

JULIA SERPE.— Usted no ha comprendido lo importante de mi visita. ¿Cuántas personas han visto sus obras?

RUDOLPH GOTTLIEB.— No lo sé, ni me interesa. Pocas, me imagino.

JULIA SERPE.— Mi periódico lo ha calculado, y a pesar de que usted es uno de los dramaturgos menos escenificados de su generación, le ofrecemos llegar a un público de millones de lectores en todas las lenguas. Algún día se recordará su Obituario tanto como su obra, o quizá más.

RUDOLPH GOTTLIEB.— No me interesa. Cuando la biología me retire la vida, escriba usted lo que quiera. A nadie le interesa un Obituario.

JULIA SERPE.— Está en un error. Las tres secciones más leídas de la prensa son los deportes, la primera plana y los obituarios, y muy a menudo aparece en la primera plana un obituario. ¿O usted no los lee?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Todos los días.

JULIA SERPE.— ¿Por qué?

RUDOLPH GOTTLIEB.— No sé si por dar gracias de estar vivo, o para condolerme que no me he muerto.

JULIA SERPE.— Lo ve. Me permite escribir en su procesador de palabras. [Antes de que el DRAMATURGO pueda contestar, la crítica escribe en el procesador y repite en voz alta.] Por propia confesión de Rudolph Gottlieb sabemos que «cada

día que pasaba no sabía si dar gracias por estar vivo o condolerse de que no se hubiera muerto...»

RUDOLPH GOTTLIEB.— No me interesa seguir. Haga el favor de retirarse.

JULIA SERPE.— No puede echar esta oportunidad por la borda. Los obituarios se preparan mucho antes de que llegue la muerte, no habría tiempo de otra forma. Entre más famosa es la persona, más adelantada es la redacción. Para algunos su Obituario comienza a aparecer en los archivos del periódico desde el día en que nacen. Reconozco que es una biografía macabra, pero usted tiene que comprenderlo mejor que otros. No en balde en su primer obra llamó amiga a la muerte.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Cómo sabe usted eso?

JULIA SERPE.— Lo leí de su puño y letra.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Pero esa obra no ha sido publicada.

JULIA SERPE.— No olvide que usted regaló sus manuscritos a la biblioteca pública de New York [O cualquier otra.]. Si no recuerdo mal la obra se llama Mi última amiga, es de 1931.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Nadie la había leído hasta ahora... Es extraño que usted la nombre, cuando ni mis mejores críticos la recuerdan. Creo que es mi obra más importante. No por la calidad dramática, ¡claro!, sino porque guarda el secreto de mi razón de ser apóstol del teatro.

JULIA SERPE.— ¿Y cuál es ese secreto?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Durante el proceso de escribir esa obra, tomé la decisión irreversible de correr el riesgo del teatro.

JULIA SERPE.— ¿Hábleme de ese riesgo? [Pregunta con autoridad, mientras escribe con gran maestría todo lo que el DRAMATURGO dice.]

RUDOLPH GOTTLIEB.— Me pasó como al personaje de mi primera obra. Le vendí el alma al demonio con la promesa de que me diera unos años para escribir y me descubriera, aunque fuera levemente, el misterio de la muerte.

JULIA SERPE.— Más parecería que el demonio le descubrió el secreto de la longevidad, o más aún, el de la inmortalidad... biológica, me refiero.

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Parece no haber oído.] Lo único que he descubierto es

que la vida da mucho más de lo que le pedimos, pero nunca lo que le pedimos.

JULIA SERPE.— ¿No le pidió usted sus tres matrimonios y sus dos hijos?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Para ser crítica, parece estar bien informada. Piense lo que quiera. Yo nunca deseé tener hijos, Enrique murió en un accidente de automóvil cuando joven. Mi hija tampoco vive, aunque llegó a ser abuela.

JULIA SERPE.— Si pudiera vivir su vida de nuevo, ¿qué cambiaría?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Esta entrevista. [Julia ríe.]

JULIA SERPE.— ¿Cambiaría sus obras?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Ahora reviso la primera impresión de mis obras completas, y aun cuando veo los defectos, no quiero enmendarlos.

JULIA SERPE.— Pero usted alteró muchos destinos.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Se refiere a mis personajes? Está en un error. Los personajes son libres si son hijos de un buen dramaturgo. Yo no puedo violentar su condición. Son ellos los que se rebelan contra su creador.

JULIA SERPE.— ¿Es falso, entonces, que el dramaturgo es un pequeño dios?

RUDOLPH GOTTLIEB.— No, no es un pequeño dios, sino un gran demonio. ¿Quiere saber por qué soy dramaturgo? Por castigo. Así como Dios castiga a Luzbel [La mira irónico.] por orgulloso, así también Él nos castiga por intentar descifrar el misterio de la vida humana. ¿No me cree? El teatro es una aproximación artística al secreto de la existencia humana.

JULIA SERPE.— ¿Y qué tiene que ver la muerte en todo eso?

RUDOLPH GOTTLIEB.— La muerte, señorita Serpe, es la razón del teatro. Los personajes son finitos, insignificantes, pero toman decisiones, se equivocan y se arrepienten. En toda obra de teatro, hay una decisión, aunque las más de las veces equivocada. Pero para los que sabemos que vamos a morir algún día, no cabe error pequeño; pero para el que es eterno, nada puede importarle, al fin tendrá la eternidad para corregir cualquier error.

JULIA SERPE.— ¿Y los otros?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Quiénes?

JULIA SERPE.— Todos... yo.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Ande, escriba esto también. Los personajes merecen más

el calificativo de humanos que mucha gente, acaso más que usted.

JULIA SERPE.— ¿Intentó alguna vez ser un buen prójimo?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Fui mejor que muchos porque nunca llegué a entrometerme en la vida de nadie, al menos como veo que usted lo hace... No, no lo digo como reproche, pero me temo que su Obituario nos está llevando demasiado lejos.

JULIA SERPE.— ¿Le importaron de alguna manera los actores?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Los actores, y hasta las actrices, son el mal necesario, aunque indispensable, del teatro. La novela y la poesía serán eternas porque pueden vivir sin lectores, pero el teatro apenas sobrevive hoy por culpa de los actores porque se han olvidado de que son meras máscaras de otra realidad. Y de los directores prefiero no hablar, son el mayor motivo de la discordia. Han llevado a cabo una revolución en contra de los otros elementos del teatro, y han instaurado una dictadura casi latinoamericana.

JULIA SERPE.— No acepto eso, ¿qué sería un dramaturgo sin actores, o sin directores?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Lo mismo que un dramaturgo sin críticos.

JULIA SERPE.— ¿Por qué odia a los actores?

RUDOLPH GOTTLIEB.— No los odio, simplemente los aborrezco, porque ellos me han robado uno a uno a mis personajes. Al escribir una obra, vivo en mis personajes y para ellos vivo, pero cuando los actores les prestan sus cuerpos y su voz hacen que se borren de mi mente, como si los asesinaran, y antes eran inconmensurablemente mejores [Julia Serpe bosteza.]... A usted no le interesan estas cavilaciones de un viejo, tiene que escribir algo más interesante, necesita lectores, así que tiene que escandalizar un poco. Le dicto: «Nunca asistía a sus puestas, ni quería dar entrevistas por su desprecio a la crítica».

JULIA SERPE.— [No escribe.] ¿Recuerda la última de sus puestas, Todos somos el rey Lear?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Como puedo olvidarla, si es mi obra maestra.

JULIA SERPE.— ¿Recuerda los ensayos? Allí nos conocimos. Dialogamos sobre un actor.

RUDOLPH GOTTLIEB.— No lo recuerdo.

JULIA SERPE.— Un actor joven que interpretaba el papel del hijo y fue suspendido. ¿Ya lo olvidó?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Vagamente recuerdo el incidente.

JULIA SERPE.— ¡Miente! Usted se quejó con el productor a pesar de que Adam Ludmann era el mejor actor de la compañía.

RUDOLPH GOTTLIEB.— No lo sería tanto, si mi comentario lo llevó a la desgracia. ¿Y qué tiene que ver mi Obituario con ese actorcillo?

JULIA SERPE.— [Con ira.] ¿De verdad no lo recuerda?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Claro que lo recuerdo, pero no me importa.

JULIA SERPE.— ¿Por qué lo hizo?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Por darle sabor a un mal estreno.

JULIA SERPE.— O a una mala obra. Usted no sabe que el actor intentó suicidarse.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Ninguno de mis personajes erraría su suicidio. Por lo visto, ni eso supo hacerlo bien. Pasemos a otra cosa.

JULIA SERPE.— [Con insolencia.] ¿Era o no un buen actor?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡La entrevista ha terminado! Cuando me muera, usted termine ese Obituario como le parezca. Ahora, haga el favor de retirarse.

JULIA SERPE.— ¡Él es un gran actor!

RUDOLPH GOTTLIEB.— Y si lo fuera, ¿qué?

JULIA SERPE.— Usted acabó con su carrera.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Yo he soportado a muchos críticos, pero nunca alguna tan necia como usted. Por favor, ¡haga mutis!

JULIA SERPE.— Yo vine hoy a escribir su Obituario, y no me voy sin que lo haga.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Espere a que me muera, poco falta. Ahora ¡lárguese!

El DRAMATURGO se incorpora e intenta alejarse. Con un movimiento ágil, la CRÍTICA lo obliga a sentarse.

JULIA SERPE.— No, ahora no huirá. Tendrá que quedarse hasta el final.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡No me intimida! ¿Claro que recuerdo a ese actorcillo? Es uno de esos que quieren comerse el mundo de un bocado. A mí me costó una vida



aprender a escribir teatro, y él llega con sus ideas de cambiarlo todo. Que escriba su propia obra si es tan creativo, pero yo escribí la mía así, y así se queda.

JULIA SERPE.— Su obra fue un fracaso.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Para mí fue un triunfo!

JULIA SERPE.— ¿Y para los críticos?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Eso debería usted saberlo. Déjeme aclararle algo, señorita Sierpe, yo no escribo para los críticos, porque son caníbales.

JULIA SERPE.— No olvide que los críticos somos la conciencia del teatro. Si usted hubiera incorporado las sugerencias de aquel actor, su obra hubiera tenido mayor éxito. El mismo director estaba de acuerdo.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Y habla usted de conciencia. En nuestro siglo, ya nadie tiene conciencia... Voy a poner una queja en su periódico.

JULIA SERPE.— Se lo agradeceré porque me darán un aumento.

RUDOLPH GOTTLIEB.— No entiendo por qué le interesa tanto ese muchachito, ¿es su compañero de vida, como se dice ahora?

JULIA SERPE.— [Ríe.] Eso no es posible.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Pero deben haber estado en la misma cama.

JULIA SERPE.— [Ríe con más fuerza.] Téngalo por seguro, y muchas veces.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Lo sabía. No en balde soy dramaturgo. El muchacho tiene buena figura y bella voz, pero le falta sagacidad. Un error artístico a cualquiera se le perdona, pero un error político es imperdonable. ¿Quiere que le diga una cosa? Ese muchacho pudiera llegar a ser alguien en la escena, pero requiere que usted... u otra, lo entrene a tener la boca cerrada fuera de sus parlamentos. Hemos terminado.

Nuevamente el DRAMATURGO intenta incorporarse y la CRITICA lo sienta, ahora de un empujón.

JULIA SERPE.— ¡Siéntese, viejo estúpido, ahora es usted el que va a escuchar!

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Cómo se atreve?

JULIA SERPE.— ¡No debió sabotear el trabajo de un actor! Por eso, los

dramaturgos son castigados a morir rodeados de papel y de soledad. Odio estos manuscritos, huelen al sudor de la muerte... [Los tira al suelo. El DRAMATURGO queda inmóvil.]. Todos los dramaturgos escriben su Obituario, no saben escribir otro tema, son adoradores de la muerte, como los actores somos promesas de la vida.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Quién es usted? [La CRITICA mira al dramaturgo sin pestañear.] ¿Usted no vino a hacerme una entrevista? ¿Qué quiere?

JULIA SERPE.— Hacer efectivo su Obituario.

RUDOLPH GOTTLIEB.— No entiendo.

JULIA SERPE.— Matarlo.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Por qué?

JULIA SERPE.— Para hacer un servicio a la humanidad.

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Verdaderamente intrigado.] Haga lo que quiera, pero déme una razón.

JULIA SERPE.— Los dramaturgos nunca dan razones por lo que escriben.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Pero usted no es una dramaturga.

JULIA SERPE.— Soy más... soy... [Se interrumpe.]

RUDOLPH GOTTLIEB.— La conciencia del teatro.

JULIA SERPE.— [Saca una pistola.] Tarde que temprano, todo cristiano mata su conciencia, pero esta vez la conciencia matará al cristiano. [Con gran odio.] ¡Termina tu Obituario, dramaturgo desgraciado, será lo último que escribas!

El dramaturgo queda estupefacto por un instante, luego se sienta frente al procesador de palabras.

JULIA SERPE.— Escriba lo que dicto. «Sus treinta y nueve obras son testimonio de su negación a la vida. Aunque vivió más que ninguno, no supo vivir íntegramente porque guardó su vida afectiva bajo siete llaves. Sus obras adolecen de lo que también falta a su biografía, voluntad de vivir. Fue el último dinosaurio de la dramaturgia de este país. Con él se extingue una gran generación de dramaturgos, aunque la última flama fue la menos brillante».

RUDOLPH GOTTLIEB.— Para ser cronista no tiene mal estilo, aunque creo que un

Obituario no merece tanto. Convendría agregar que los críticos me hicieron la vida imposible, y me dieron muerte a manos de una oscura representante, acaso porque se impacientaron. RIP.

JULIA SERPE.— ¡Hágase a un lado! [El dramaturgo se retira con dificultad.] Yo terminaré su Obituario. [Lee lo que escribe.] «Así la longevidad le dio el mayor de sus triunfos, porque su suicidio fue el mayor evento en una vida gris». [Escribe una línea más sin leerla.]

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Esta es una broma de pésimo gusto! Ahora mismo llamaré a la policía. [El DRAMATURGO no lo intenta.] Usted se equivocó. Yo no tengo miedo a la muerte. La he citado tantas noches. Si hoy de verdad llegara, estoy dispuesto a morir. Mejor hacerlo en escena, como recibe la muerte un personaje, y no en un hospital de enfermos terminales. Usted me hace un favor. ¡Máteme!

Julia Serpe saca una pistola. Los dos forcejean como en una mala película. Se oye un disparo y la CRITICA cae mortalmente herida. El DRAMATURGO queda impávido. Se recarga sobre su mesa de trabajo porque cree que va a desmayarse. El Obituario le ha quedado frente a sus ojos, huye de él con horror. Va al teléfono para pedir auxilio a la policía. Cuando está marcando se escucha una risa masculina, no se puede determinar con certeza el lugar de su procedencia. Ante la estupefacción del DRAMATURGO, el «cadáver» se incorpora con gran agilidad. La anterior feminidad ha desaparecido, los gestos y los movimientos son marcadamente masculinos. Con desparpajo se quita la peluca, y aparece un hombre.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Quién es usted?

ADAM LUDMANN.— ¿No me recuerda?

RUDOLPH GOTTLIEB.— No.

ADAM LUDMANN.— Lo creí con más memoria, o al menos, más imaginación.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Qué quiere?

ADAM LUDMANN.— Justicia poética.

RUDOLPH GOTTLIEB.— No existe justicia poética para los humanos.

ADAM LUDMANN.— ¿Y para los actores?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Ah, ya se dónde lo he visto antes! Usted es aquel actor del incidente. ¿Para qué escenificó esta mascarada?

ADAM LUDMANN.— ¿Por qué me corrió de su obra?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Yo no lo corrí. Fue la decisión del productor.

ADAM LUDMANN.— Bajo sus amenazas de retirar la autorización para montarla.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Qué lástima que no aprendió la lección que quería darle! Usted es un magnífico actor, lo supe desde el primer instante en que lo vi sobre el escenario. Pero no le basta con ser actor, quiere demostrar su inteligencia en todos los campos. Sus sugerencias para que alterara mi personaje eran injustificadas. Así me lo confirmó al salir del ensayo una crítica... [Se interrumpe al concatenar la anécdota con Julia Serpe.] ¡Era ella! ¡Por eso usted se disfrazó de Julia Serpe!

ADAM LUDMANN.— Para ser un dramaturgo, su mente no trabaja con rapidez, por eso sus obras adolecen de brío escénico

RUDOLPH GOTTLIEB.— De manera que usted es aquel actor.

ADAM LUDMANN.— Elemental, mi querido dramaturgo.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Ese parlamento es poco dramático, debiera decir algo como: «Ese soy yo y ésta es mi venganza».

ADAM LUDMANN.— No me ponga palabras en la boca, ya no soy su personaje.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Cómo supo que la crítica venía a verme hoy?

ADAM LUDMANN.— No recuerda la voz de Julia que le pidió una cita.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Fue usted! Mis felicitaciones, otra demostración de su histrionismo. No me cabe duda que usted es un buen actor, pero la única opinión que debe importarle es la del público.

ADAM LUDMANN.— Son las nueve [O la hora verdadera.]. Está a punto de llegar la verdadera Julia Serpe.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Entonces, ¿sí la invitó?

ADAM LUDMANN.— ¿Yo? Usted la llamó amablemente por teléfono y la citó a esta hora... [El DRAMATURGO sonríe admirado, mientras el ACTOR mira por la ventana.] Allá la veo venir. Llega como siempre, con puntualidad inglesa. Se está bajando de su auto y ahora camina hacia aquí. Ha entrado al edificio, y de un

momento a otro tocará la puerta. Cuando ella entre en esta habitación, yo me habré ido, y usted podrá contarle todo lo que ha pasado.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Ahora comprendo. Usted quiere lavar su nombre. ¿Le interesaría volver a representar el personaje de mi obra?

ADAM LUDMANN.— ¡Claro, cuando esté muerto!

RUDOLPH GOTTLIEB.— No hay que esperar tanto, le prometo contarle a Julia su historia con todos los detalles, y al productor también, pero con una condición...

ADAM LUDMANN.— ¿Cuál?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Que me prometa que nunca volverá a pretender ser otro.

ADAM LUDMANN.— Soy actor y amo las máscaras. [Inicia mutis, y luego se vuelve.] Nunca olvide esta lección. Adiós.

El ACTOR sale del estudio y baja las escaleras rumbo a la calle. El DRAMATURGO se sirve un trago doble y lo bebe, luego ve la pistola que utilizó el ACTOR para su mascarada. La toma y dispara hacia la puerta de salida tres tiros sin petardo. Se oye un timbre.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Qué malo es que las armas de teatro únicamente matan personajes, y no actores! ¡Ni críticos!

Se oyen algunas voces ininteligibles, luego un portazo y pasos que suben la escalera. El DRAMATURGO coloca la pistola sobre la mesa, en la misma posición que tenía antes. Por la puerta aparece la verdadera Julia Serpe. Viste un traje no muy diferente que el anterior.

JULIA SERPE.— Soy Julia Serpe, crítica de teatro del New York Times.

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Observa todos los movimientos de la CRITICA.] Sea usted bienvenida.

En el mismo instante en que la crítica da un paso dentro del estudio, se hace oscuro total. Final del Primer Acto.

## ACTO SEGUNDO

Mismo espacio del acto anterior. Unos instantes después. Rudolph Gottlieb está sentado en su sillón favorito, dialoga, al parecer plácidamente, con Julia Serpe, quien está sentada frente a la mesa de trabajo. A pesar de que la figura de la CRITICA y sus gesticulaciones son exactamente iguales a las que el ACTOR tuvo en el Primer Acto, algo hace aparecer a los dos personajes diferentes, acaso fuera que el personaje de la mascarada tenía un rostro más anguloso o a que la complexión de la crítica es ligeramente menos delgada. Por lo demás, el parecido es sorprendente.

JULIA SERPE.— Me dio gran alegría cuando usted me llamó.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Para mi última entrevista. [El DRAMATURGO observa detenidamente a su interlocutora.]

JULIA SERPE.— Usted lo dijo, yo no.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Acaso necesita su periódico la información para mi Obituario?

JULIA SERPE.— [Abochornada.] ¡Oh, no! Hago esta entrevista como cosa mía. Me complazco en ser una admiradora suya, sobretodo en los últimos años.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿No le gustaron mis primeras obras?

JULIA SERPE.— No quise decir eso, pero las vi cuando era demasiado joven. Algo debo haber aprendido con la edad.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Como qué?

JULIA SERPE.— A no tener miedo de la muerte.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Cuántos años tiene?

JULIA SERPE.— ¿Qué importancia tiene eso ahora?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Ajá, primero mártir que confesar sus años!

JULIA SERPE.— Cuarenta años.

RUDOLPH GOTTLIEB.— En pleno demonio del mediodía.

JULIA SERPE.— ¿Qué quiere decirme con eso?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Mi querida amiga, usted vive el período en el que su sol ha llegado al cenit, le queda la tarde que conduce a la noche de la muerte.

[Mientras habla hace un ademán que representa el movimiento solar.]

JULIA SERPE.— ¿Nunca soñó con ser poeta?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Tengo multitud de versos, pero mis críticos se empeñan en estudiarme sólo como dramaturgo. Este país se especializa en todo.

¿Reconoció al joven que le abrió la puerta?

JULIA SERPE.— No, pero fue particularmente amable.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Él la conoce perfectamente. ¿Recuerda a Adam Ludmann?

JULIA SERPE.— No recuerdo a nadie de ese nombre.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Según la versión que él cuenta, usted y yo lo conocimos en uno de los ensayos de mi última obra.

JULIA SERPE.— No lo recuerdo, ¿qué papel hacía?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Era el protagonista.

JULIA SERPE.— ¿Aquél que el productor retiró de la compañía?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Ese mismo! Le voy a contar una historia increíble. Ese actor se presentó aquí, antes que usted llegara, venía disfrazado nada menos que de Julia Serpe.

JULIA SERPE.— [Muy sorprendida.] ¡Qué horror!

RUDOLPH GOTTLIEB.— Parece que todo fue para demostrarme su capacidad actoral. [Ríe.]. Yo no descubrí el engaño inmediatamente, a pesar de que en este caso la locura y el arte se dieron la mano.

JULIA SERPE.— ¿Y en el caso de Rudolph Gottlieb, no?

RUDOLPH GOTTLIEB.— [En guardia.] ¿Ya comenzó la entrevista?

JULIA SERPE.— Así como usted es dramaturgo veintiocho horas diarias, así los críticos nunca abandonamos nuestro papel. [Julia ve el Obituario que aún está en la pantalla del procesador.] ¿Qué es esto?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Nada! ¡No lo lea!

JULIA SERPE.— Tengo derecho a leerlo, mi nombre está escrito al final [Lo hace.] «Su cadáver fue descubierto a más de una semana de su muerte, extrañamente junto a otro cadáver, el de Julia Serpe, crítica del New York Times». ¿Qué significa esta patraña?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿No lo sabe?... ¿Es usted realmente Julia Serpe?

JULIA SERPE.— ¿No lo ve?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Muéstreme una identificación, su credencial de reportera, algo.

JULIA SERPE.— Soy Julia Serpe.

RUDOLPH GOTTLIEB.— No puedo creerlo.

JULIA SERPE.— ¿Recuerda lo que hablamos en el ensayo? Puedo citar las palabras exactas de nuestra conversación.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Pero yo no las recordaría. [Se incorpora con dificultad y se dirige a la ventana.] Hay una forma de probar quién es usted. [Mira por la ventana.] El carro del actor aún esta estacionado abajo. ¿Usted es él?

JULIA SERPE.— No sé de qué me habla. Soy Julia Serpe, tome mi bolso y saque lo que quiera, hasta toallas sanitarias traigo. ¡Cerciórese!

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Horrorizado.] ¿De verdad ese loco se ha ido para siempre? Él escribió eso, dijo que sería mi Obituario.

JULIA SERPE.— Nuestro Obituario, a mí también me incluye.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Me jura que ese hombre se ha ido?

JULIA SERPE.— Lo vi partir, ¿qué más puedo decirle?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Y la llave?

JULIA SERPE.— ¿Cuál llave?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Se llevó la llave!

JULIA SERPE.— [La CRITICA señala una llave que está sobre el procesador.] Allí hay una llave. [El DRAMATURGO la toma y se calma.] ¿Podemos comenzar con la entrevista o prefiere que vuelva otro día?

RUDOLPH GOTTLIEB.— No, ya me siento tranquilo. Tiene usted la palabra.

JULIA SERPE.— ¿Acostumbra escribir con un revólver sobre su mesa de trabajo?

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Ríe nervioso al verse descubierto.] Es una pistola de teatro, con la que se matan personajes. ¿Quiere beber algo?

JULIA SERPE.— No, pero si usted quiere, puede hacerlo.



Ante la mirada atónita de la CRITICA, el DRAMATURGO abre un mueble y encuentra con facilidad una copa, y de un archivero saca una botella a medio llenar.

RUDOLPH GOTTLIEB.— A su salud. [Bebe.] Soy todo oídos.

JULIA SERPE.— ¿Cuál ha sido su mayor triunfo?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Haber podido sobrevivir a tantos pequeños fracasos.

JULIA SERPE.— Me refiero a sus obras. Usted tardó más que cualquiera de los dramaturgos de su generación en llegar al gran público. Aunque siempre fue considerado un dramaturgo de minorías...

RUDOLPH GOTTLIEB.— Pero de minorías selectas.

JULIA SERPE.— Si usted lo dice.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Lo dicen ellos, no yo.

JULIA SERPE.— Tengo entendido que su única obra presentada en Broadway [O donde fuera.] fue cerrada un día después de su estreno.

RUDOLPH GOTTLIEB.— También las obras de Brecht fracasaron allá, y no por eso deja de ser uno de los grandes dramaturgos de nuestro siglo.

JULIA SERPE.— ¿Le hubiera gustado ser el gran dramaturgo de nuestro siglo?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Ya le he respondido a esa pregunta antes. ¿Recuerda aquella vez que me entrevistó en Central Park? [O donde fuera.] Fue poco después de la muerte de mi mujer, la última me refiero. Una de sus preguntas me ha hecho pensar más de una vez. Quizá la recuerde. Hablábamos de mis razones de ser dramaturgo.

JULIA SERPE.— Guardo una idea vaga. Claro que la entrevista fue publicada.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿No recuerda mi respuesta?

JULIA SERPE.— Le prometo releer la entrevista. Usted hablaba de por qué era dramaturgo, ¿no es cierto?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Exacto! Y yo le confesé algo que no había dicho a nadie antes. Que soy dramaturgo porque ésta es mi única forma de entender la vida humana. El mundo es un gran teatro y Dios es el dramaturgo máximo que escribe la vida de sus personajes, es decir, de todos nosotros.

JULIA SERPE.— Gottlieb significa «el amado de Dios,» ¿es un seudónimo?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Eso mismo me preguntó aquella noche, y ya sabe mi respuesta. Es únicamente un seudónimo.

JULIA SERPE.— Ahora lo recuerdo perfectamente.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Miente! ¡Usted no es Julia Serpe! Ella nunca me entrevistó, y mi verdadero nombre es Rudolph Gottlieb, ¡tan cierto como que el suyo es Adam Ludmann!

Ante la mirada atónita del viejo DRAMATURGO, el actor se transforma nuevamente, se quita la peluca y regresa a ser Adam Ludmann.

ADAM LUDMANN.— ¿Dónde estuvo esta vez mi error?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Un actor no puede ser tan listo que engañe dos veces a un dramaturgo tan viejo como yo.

ADAM LUDMANN.— Pero lo hice dudar por un largo rato.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Puedo preguntarle dónde está la verdadera Julia Serpe?

ADAM LUDMANN.— ¿Quiere verla?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Si es posible.

ADAM LUDMANN.— Claro que podrá verla. Está abajo, pero ella no podrá verlo ni oírlo.

El ACTOR ríe divertido; luego sale de escena por unos instantes. El DRAMATURGO aprovecha que ha quedado solo para sacar del cajón de su mesa de trabajo una pistola verdadera. Cambia ésta por la pistola olvidada por el ACTOR, guardando la falsa en el cajón. Con rapidez comprueba que la pistola está cargada. En ese instante aparece el ACTOR de espaldas, con dificultad jala un cadáver, el de JULIA SERPE, al que deja en la puerta de manera que el DRAMATURGO [y el Público] sólo puede ver las piernas y los zapatos.

ADAM LUDMANN.— Ahora puede descansar al saber que Julia Serpe no lo entrevistará jamás. Tendrá que entrevistar al demonio en el infierno.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Qué es lo que quiere de mí?

ADAM LUDMANN.— Si es tan buen dramaturgo tendrá que descubrirlo. Le doy tres oportunidades. ¿Desea seguir jugando?

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Lo hace por venganza?

ADAM LUDMANN.— [En juego infantil.] Frío. Pierde una oportunidad.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Ya sé, ¿quiere hacerse famoso?

ADAM LUDMANN.— Más frío. Si esa fuera mi meta. mataría a un dramaturgo y a una crítica más afamados que ustedes. Le queda una pregunta. Ya ha perdido estúpidamente dos.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¿Hay alguna forma de salvarme?

ADAM LUDMANN.— [Ríe sardónico.] Buena pregunta, pero inútil. No hay forma de salvarse.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Entonces tenía usted razón. Éste será mi Obituario.

ADAM LUDMANN.— Por fin habla con la inteligencia que todo dramaturgo debe tener.

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡No entiendo cuál es la razón de todo su esfuerzo! Si quería probarme que es un buen actor, no necesitaba escenificar esta inútil mascarada. Yo lo intuí desde el primer momento. ¿Sabe usted por qué hablé con el productor para que lo suspendieran? Ni siquiera lo sospecha. No pude soportar que un actor joven me diera una lección. Tenía toda la razón, mi personaje estaba mal construido, no tenía solidez dramática. Después de casi cuarenta obras todavía se me olvida lo más elemental de la creación dramática.

Usted tiene que comprender, no pude hacer otra cosa. Imagínelo sobre la escena: Un joven actor hace ver a un dramaturgo su error frente a todos, el productor, el director, los actores. ¿Le hubiera gustado estar en mi lugar? La mayoría de los dramaturgos escribimos dramas inteligentes para actores que no admiran la dramaturgia. Serán muy famosos pero no quieren pensar, de menos no tanto como los dramaturgos. Para ser un actor, usted es demasiado inteligente ¿Por qué no sacó simplemente una pistola de verdad, no como esa pistola de teatro, y me dio muerte, en vez de hacerme vivir esta mascarada? Fue para darme una lección de creatividad, ¿o estoy en un error?

ADAM LUDMANN.— [Continúa con el juego.] Caliente, caliente.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Lo ve. Einstein dijo que a Dios no le gusta jugar al ajedrez con los humanos, pero se equivocó, ¡claro que le gusta! La vida es un ajedrez universal desde nuestra visión. Y usted, Adam, ¿me permite que le llame así?, es un dramaturgo innato. Inténtelo. Usted puede terminar la obra que mi generación dejó inconclusa. No heredamos muchas obras maestras. A su generación le corresponderá escribir el gran teatro, el que perdurará. Haga lo que quiera conmigo, yo ya no soy capaz ni siquiera de terminar esta obra insignificante. [Señala un legajo de papeles.] Léala. He borroneado las últimas diez líneas las por semanas. No encuentro el parlamento final, aunque tengo la premonición de que por primera vez estoy cerca de la genialidad... excepto por las últimas diez líneas.

ADAM LUDMANN.— [Con verdadero interés.] Déjeme verlas.

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Lee sin intención dramática.] Escuche el monólogo final: «Me siento cansado, ya poco me queda de vida. Para qué sobrevivir sin vivencias, prefiero la muerte...» [Luego lee la acotación correspondiente.] «Toma la pistola y con calma la coloca en su boca abierta, respira un último hálito de vida y dispara. Oscuro total y Telón. Final del Segundo Acto».

ADAM LUDMANN.— Usted nunca aprendió a leer teatro. Déjeme leerlo. [Toma el manuscrito y lee con gran maestría.] «Me siento cansado, ya poco me queda de vida. Para qué sobrevivir sin vivencias, prefiero la muerte»... No hay sinceridad en estas palabras. ¿Por qué se suicida el personaje?

RUDOLPH GOTTLIEB.— El personaje es un Fausto del mundo del teatro. ¿Cómo lo explicaría mejor? Es un actor que por triunfar ha vendido su alma al demonio. Claro que mi Mefistófeles no sigue la tradición medieval, es un mediocre productor teatral.

ADAM LUDMANN.— La idea no parece mala. Si hubiera demonio, yo también le vendería mi alma de actor.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Yo le vendí mi alma para ser dramaturgo. A pesar de mi sufrimiento, valió la pena, porque logré la felicidad de la creación... Adam, usted vino hoy a darme una lección con sus armas de actor, convirtió mi casa en el

mejor de los escenarios, y hasta citó a una crítica, todo para convertir al viejo dramaturgo en público y vengar así una afrenta. Se lleva un triunfo. Pero yo lo invito que abandone su papel de actor y se adentre en otra búsqueda, ahora con las armas del dramaturgo. No importa que me destruya, pero ayúdeme a terminar mi obra, la última, ¡mi verdadero Obituario! ¿Recuerda un cuento titulado El milagro secreto? Lo escribió otro longevo, Jorge Luis Borges. En el instante de morir ante el pelotón de fusilamiento, un dramaturgo termina en su mente una obra. Eso es lo que le pido, pero en este procesador de palabras. [Suplicante.] ¡Faltan solamente diez líneas!

ADAM LUDMANN.— No sé si tenga el tiempo necesario.

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Con entusiasmo creciente.] Esas son las palabras que necesito para iniciar el monólogo final: «No sé si tenga el tiempo necesario». Siga, siga.

ADAM LUDMANN.— No conozco al personaje.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Piense que no es muy lejano a usted. Es un Actor que soñó con pasar a la inmortalidad, pero una Crítica y un Dramaturgo le cortaron la carrera.

ADAM LUDMANN.— ¿Es esa la historia?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Tampoco yo la olvidé. Durante el estreno quise experimentar con la vida y jugar a que los humanos somos personajes. Es el juego secreto del dramaturgo. ¿Lo entiende ahora? No fue realmente una venganza. En ese instante fui consciente de que lo dañaba, pero una vez más volví a vender mi alma al demonio de la creación. Volvamos a la obra. Usted, perdón, el Actor pierde la oportunidad de convertirse en el mejor actor joven de la temporada y es removido la noche del estreno, a pesar de su altísima calidad, porque el Dramaturgo le tuvo envidia. ¿Sabe por qué? Porque los humanos perdonamos todo en el prójimo, menos una cosa, la inteligencia. Nos molesta comprobar que alguien es más inteligente. Así el Actor pierde su carrera, mientras su Novia permanece en el elenco y lo olvida.

ADAM LUDMANN.— ¿Cómo sabe eso?

RUDOLPH GOTTLIEB.— Los dramaturgos somos un poco visionarios. Sigamos con la

obra. El Actor decide vengarse con las armas de la actuación, por lo que cita a la supuesta Crítica en la casa del Dramaturgo, para así darles muerte en venganza de la afrenta. Pero esa noche sucede algo maravilloso, el Actor descubre que está poseído por el demonio de la creación... Y aquí aparece el monólogo final inconcluso.

ADAM LUDMANN.— [El ACTOR se ha imaginado personalizando al protagonista de la narración.] Si me hubiera hablado así aquella noche...

RUDOLPH GOTTLIEB.— ¡Termine mi obra! Dícteme el diálogo final. Solamente faltan las últimas diez líneas. ¿Cómo se siente?

ADAM LUDMANN.— «Me siento cansado, como si me desviviera por dentro». [El DRAMATURGO escribe con fruición en el procesador, y repite en voz baja las palabras, como si fueran el eco de las del ACTOR]. «Siento que no puedo soportar la realidad. Soy como las mariposas de la noche que quedan ciegas al ver la luz».

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Aplaude con entusiasmo.] Maravilloso.

ADAM LUDMANN.— [Continúa embelesado.] «Solamente sobre las tablas me siento vivo... Actúo, luego existo... Esa es mi tragedia. Ser más actor que hombre, y más personaje que actor». [La mirada del ACTOR es prueba de su total inmersión en el personaje. El DRAMATURGO, atónito, deja de escribir.] ¿Sabe por qué vine hoy? Porque quería entrar en el mundo de sus personajes. Nunca pensó abrir la puerta de su casa y ver a uno de sus personajes que ha venido a visitarlo porque se siente solo sin la presencia de su autor. Todos tenemos nostalgia de nuestro creador.

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Sonríe gratificado mientras se incorpora.] Te abro los brazos como a todos mis personajes. Ahora que soy viejo sólo mis personajes me hacen compañía, vivo secuestrado por ellos.

ADAM LUDMANN.— No, usted es el que los secuestra, como yo he sido secuestrado por su personaje. A pesar de que fui suspendido de su obra, no me he podido desprender de su máscara, como si se hubiera pegado a mi alma. ¡Me martiriza! ¡No me deja ser yo! Ayúdeme, ¡necesito arrancármela!

RUDOLPH GOTTLIEB.— Allí está la pistola. Tómala. Pálpala con tus manos ansiosas. Introduce tu dedo índice en el gatillo, abre pausadamente tu boca,

acerca la pistola al paladar, y ¡dispara!

ADAM LUDMANN.— [Con admiración por el DRAMATURGO.] Escriba lo que ha dicho, es una acotación perfecta para cerrar la obra. [El DRAMATURGO obedece.]

Pero antes faltarían unas palabras. Regrese el procesador de palabras, falta terminar el último parlamento: «Quiero dejar de ser hombre, y quiero dejar de ser actor, para únicamente ser personaje. Para así vivir de teatro en teatro esperando las representaciones por los siglos de los siglos. Esta pistola puede darme ese milagro secreto». [Al dramaturgo.] Lea otra vez esa acotación mágica.

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Mientras el ACTOR sigue las indicaciones.] «El ACTOR mira la pistola, la toma. Con sus dos manos la palpa. Introduce su dedo índice en el gatillo, abre su boca, acerca la pistola al paladar, y ¡dispara!»

ADAM LUDMANN.— Aún falta un último parlamento.

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Sugiere el final.] «¡Muero para vivir!» [Al ACTOR no le agrada.]

ADAM LUDMANN.— [El ACTOR piensa por un momento, su rostro se ilumina al encontrar la frase buscada.] ¡Muero como hombre para vivir como personaje!

Con delectación y con un movimiento rápido el ACTOR dispara la pistola real en su paladar. El sonido es distorsionado para dar al público la oportunidad de escuchar el estruendo que percibe el oído de un suicida. En ese instante, los movimientos se hacen lentos, como si el cadáver se moviera en líquido amniótico.

RUDOLPH GOTTLIEB.— [Con precipitación escribe—y musita—la última de las acotaciones de su obra.] «Con delectación y con un movimiento rápido el ACTOR dispara la pistola real. El sonido es distorsionado técnicamente para dar al público la oportunidad de escuchar el estruendo percibido por el oído de un suicida. En ese instante, los movimientos se hacen lentos, como si el cadáver se moviera en líquido amniótico. Oscuro total y Telón. Final del Acto Segundo».

Se incorpora y se acerca al cadáver del ACTOR, lo toca con el pie para cerciorarse que está muerto. Decide huir por la puerta, pero se encuentra con los

pies del cadáver de la CRITICA, cuando los quiere saltar, nota que no hay el supuesto cadáver, sino un muñeco de los de tramoya. El DRAMATURGO queda estupefacto. Se da cuenta que todo era simplemente teatro y que la intención del ACTOR no era dar muerte a nadie. Regresa al centro de la escena, y mira con detenimiento el cadáver del actor, como si esta visión pudiera aclarar las dudas que pasan por su mente de creador dramático. Repentinamente vuelve a percibir la realidad. Se dirige al teléfono.

RUDOLPH GOTTLIEB.— Operadora, el número del New York Times. Rápido. [Marca con rapidez el teléfono.] La sección de culturales. Gracias. Quisiera hablar con Julia Serpe... Julia Serpe, la crítica de teatro... ¿Está usted seguro?... Julia Serpe... ¿Está usted seguro que no hay nadie con ese nombre en su periódico?

[Desconsolado cuelga el auricular. Mira el cadáver del actor con la esperanza de que vuelva a la vida]. Adam, muchacho loco, te juro que no morirás del todo, que vivirás eternamente en mi obra, aún después de que yo muera. Te prometo que escribiré esta historia para que nunca se olvide tu mascarada. [Arroja al cesto de basura la obra que escribía.] Te mentí, mi obra era otra. Yo entré en tu juego con mis armas de dramaturgo. Por eso te gané. Ahora tengo que escribir tu obra, para tu final crearé el mejor de los principios.

El DRAMATURGO se sienta frente al procesador de palabras y escribe con delirio. Oscuro instantáneo y Telón. Final del Acto Segundo.\*

\* Nota del Autor [Rudolph Gottlieb]:

A continuación se incluye un Epílogo a la Mascarada por si el escenificador — mental o actual— no ha quedado satisfecho con el final anterior, acaso porque lo enfrenta nuevamente a su propia realidad.

## EPÍLOGO

El Epílogo sucede después del aplauso, o cuando el público se haya ido y el teatro esté vacío. El «cadáver» teatral se incorpora, se sacude las ropas y busca a su compañero de juegos. Sus gesticulaciones han cambiado, son ahora las de un



niño o un títere. Este final pertenece a otra realidad, la de los personajes puros. El fenómeno teatral ha dejado de ser un espejo que refleja a los actores, para permitir vislumbrar la realidad de más allá del espejo.

UNO.— ¿Dónde estás?... ¿Dónde te has metido? [Como un niño perdido, busca a su amigo por todas partes. Desolado, mira al público, quejándose de su repentina soledad.] Se ha ido.

OTRO.— [Aparece sorpresivamente, se había escondido.] ¡Buu! ¿Jugamos otro juego?

UNO.— [Se alegra intensamente.] ¡Has regresado! Creí que me habías abandonado.

OTRO.— Te toca escoger personaje.

UNO.— ¿A mí?

OTRO.— Sí, a ti.

UNO.— [Entra en el papel.] «Me siento cansado, ya poco me queda de vida...»

OTRO.— [Interrumpe.] ¡Ya no aguanto más esos diálogos! Los hemos oído tantas veces. Me gustaría poder cambiarlos.

UNO.— A mí me fastidia más esperar y esperar a que volvamos a escena.

OTRO.— Deberíamos rebelarnos... ¡Ya sé qué podemos hacer! Crear nuestras propias obras.

UNO.— ¿Nosotros?

OTRO.— Claro.

UNO.— Pero eso sería traicionar al teatro.

OTRO.— Ellos nos han traicionado tantas veces... ¿Te digo un secreto? Yo siempre he soñado con ser el director.

UNO.— Nunca me lo habías dicho.

OTRO.— Ahora es tu turno. ¿Qué personaje quieres representar?

UNO.— No sé.

OTRO.— Tú podrías ser el dramaturgo. Nos vamos a divertir. Ya lo verás. Pero necesitamos más personajes para este nuevo juego.

UNO.— He visto a varios en los camerinos, especialmente cuando están vacíos.

OTRO.— Encontraremos algunos más en los baños de los teatros.

UNO.— [Muy compungido.] Me temo que no va a resultar.

OTRO.— ¿Por qué?

UNO.— No sé.

OTRO.— ¡Eres un aguafiestas!

UNO.— Ni siquiera pudimos jugar a ser actores, menos a ser el director y el dramaturgo, solamente podemos intercambiar de personaje. [Con temor.]

Además, a ellos no les gustaría. [Ha señalado al otro lado del espejo.]

OTRO.— ¡Merdre,<sup>2</sup> no poder ser otra cosa que personaje!

UNO.— Al menos nosotros nunca moriremos.

OTRO.— [Comprendiendo.] ¡Claro! ¡Nunca lo había pensado! Somos la única razón por la que el teatro es eterno.

AMBOS.— ¡VIVA EL TEATRO!

Los dos entes teatrales ovacionan, luego hacen mutis como un clown o acaso simplemente se esfuman. La escena ha quedado solitaria por un instante. Una luz blanquísima transforma el espacio teatral hasta dar al público la sensación de insolación, como si esa luminosidad se reflejara en un inmenso espejo.

Repentinamente, el Procesador de Palabras comienza a escribir por sí mismo por un milagro secreto. Sus tic-tacs invaden la escena. Oscuro instantáneo. Final.

1 Nota. Rudolph Gottlieb pertenece a una generación de dramaturgos anterior a la actual, al ser escrita ésta sería la generación de Lillian Hellman y Thornton Wilder, entre los norteamericanos; a la de Ernst Toller y George Kaiser, entre los alemanes; a la de Rodolfo Usigli, Roberto Arlt y Antonio Buero Vallejo, entre los hispanoparlantes, y a la de Jean Anouilh y Jean-Paul Sartre, entre los franceses, etc.

2 Merdre es la palabra que abre Ubu Roi de Alfred Jarry, pieza que inicia el teatro moderno.

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2008

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. [www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar). e-mail: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)